



Nadie puede negar que la vida se ha convertido, para casi todos, en una gran aventura. Ya pasaron los tiempos en que había que inscribirse para conseguir alguna ocupación; la falta de mano de obra permite, hoy, contratar a cualquiera, prepararlo un par de meses, y enviarlo a consumir oxígeno a algún planetoide minero, una fábrica flotante o, con un poco de entrenamiento, a luchar en la frontera galáctica para imponer el orden entre los piratas y los asesinos.

Si, la vida hoy vale la pena...

ERRANTE

LA HUMANIDAD CONQUISTA LA GALAXIA



**LAS MEJORES VIVIENDAS
DE TODA LA GALAXIA...**

Vivir de lujo hoy no cuesta tanto. Revisa las ofertas del mercado galáctico.



**NO SUEÑES CON VIAJAR:
¡HAZLO, MALDICIÓN!**

Pasajes a cualquier sitio de la galaxia pagaderos en cómodas cuotas.

Una preciosa vivienda

En un precioso planetoides

Y no necesitas ser millonario porque basta con firmar un contrato por tiempo definido y cumplir con una estadía predeterminada para que puedas quedarte, definitivamente con esta vivienda para siempre...

PARA SIEMPRE, jamás...

El sueño de toda familia hecho realidad a tu sola firma.

Actualmente, debido a la escases de población en la galaxia, que desde los 127 mil millones de hace medio siglo hemos bajado a los 98 mil millones, lo que es una brutalidad, las colonias estan ofreciendo cualquier beneficio para atraer población: viviendas preciosas, escuelas de primera, trabajos muy bien remunerados, todo para mantener su existencia.

Ya se ha visto que varias colonias se han quedado sin habitantes en los últimos 30 años, debido principalmente a que los empleos eran de alta exigencia y hoy se pueden elegir trabajos con mejores

sueldos y de muy baja exigencia.

Esa es una de las razones por las cuales los empleos mineros, de transporte y militares, están siendo rápidamente reemplazados por sistemas mecanizados con muy poca intervención humana. Ya casi nadie quiere empleos de mucho esfuerzo aunque son de buena paga.

Conseguir trabajadores es difícil, caro y de escaso rendimiento porque siempre están buscando otras oportunidades, por lo que solo queda interesar a las familias en vivir en lugares aislados, por medio de atractivas viviendas y diversión.

Evolución del proceso poblacional de la galaxia

Desde el inicio del poblamiento de la galaxia hace más de mil años, cuando el gran navegante Isidoro Drag-Zenon demostró la posibilidad de viajar por el espacio a grandes distancia en poco tiempo, comenzó una nueva era universal, en la que se demostró la teoría del escritor de novelas Cal Brox que decía que no había en todo el Universo más seres que los humanos con nuestras características, es decir, capaces de imaginar y fabricar como lo hemos hecho nosotros y, por lo tanto, capaces de construir culturas.

Llegados a este punto, el gran problema que se enfrentó la humanidad fue, principalmente, cómo poblar los diversos planetas habitables de la galaxia con la escasísima población de nuestro planeta, que no alcanzaba los 10 mil millones. Esto significaba que, en un período extremadamente corto de tiempo la Tierra podía quedar despoblada o los planetas descubiertos nunca habitados.

Antes la disyuntiva, se hicieron grandes ofertas de vivienda, trabajo, diversión y todo lo necesario para seducir a los humanos para instalarse en planetas tan lejanos

que era muy probable que no regresaran jamás.

Ante esa situación, se logró modificar la biología femenina, con lo que las mujeres comenzaron a parir mellizos y trillizos con habitualidad. Incluso no era raro madres que tenían cuatro y cinco hijos de una vez, con lo que la población galáctica aumentó considerablemente, alcanzado los 127 mil millones en apenas un siglo y se mantuvo en esa cantidad por otro siglo más, hasta que, por motivos aún no completamente especificados, nuevamente se produjo una disminución dramática de la población y que es la que vivimos hoy.

¿Por qué se producen estos procesos? Para los *estabilizólogos*, especializados en el estudio de las poblaciones y de patrones de estabilidad, hay una especie de

“reloj biológico” que controla el proceso reproductivo, tanto en hombre y mujeres, y que lo hace de una forma extrañamente simple: convierte la actividad sexual en puramente “recreativa”, produciendo rechazo a la actividad reproductiva propiamente tal.

El problema es que no hay forma de revertir estos procesos porque se desconoce absolutamente su mecanismo.

Se pensó, en cierto momento, en la posibilidad de establecer “granjas de niños”, sistemas de reproducción artificiales, pero los pocos experimentos realizados demostraron que el proceso artificial, al no contar con los elementos bio-orgánico-psíquicos propios de la gestación, producía seres intelectual y emocionalmente casi vacíos, algunos sin capacidad de aprendizaje ni reacción al medio y las circunstancias, es decir, imbeciles.

No es posible, pues, pensar en poblamientos mayores sino en tiempo extremadamente extensos, por lo que la conquista y poblamiento de la galaxia va a tomar, según los cálculos, varios miles de años para alcanzar, apenas, un 7 u 8 por ciento del total, lo que no es poco, ya que hablamos de una población que debería

superar los 350 mil millones.

Por el momento, las personas se están beneficiando de la lucha por seducirlos, ofreciéndoles casas hermosas, buenos sueldos, empleos livianos y toda clase de beneficios, lo que ha traído otras consecuencias, ya que la falta de desafíos y la vida fácil ha terminado por disminuir, también, las capacidades mentales y emocionales de las personas.

Un famoso xenopsicólogo, el Dr. Klikun, ha expuesto, hace ya algún tiempo, la teoría de que la humanidad es intrínsecamente estúpida y que solo un pequeño porcentaje es capaz de superar la media. La mayoría opta por lo fácil, pero solo aquellos que aceptan los desafíos son capaces de construir con futuro. El problema es que esos osados y valientes humanos, no tienen la menor intención de reproducirse.

¿Es eso señal de algo?



En los límites de la galaxia, donde no hay ley ni piedad.

LA FRONTERA ESPACIAL

Nos llegan permanentemente historias de esa frontera que se ha convertido en una especie de reducto prohibido para cualquiera que tenga algo de decencia. Todo lo que se dice de ella constituye un cúmulo de atrocidades que todos prefieren callar, hacer oídos sordos, no comentar.

Pero, para algunos, es la única opción que encuentran para salir de la rutina, del aburrimiento, del estancamiento. Todo aquel que siente la sangre corriendo en sus venas, no puede resistir la posibilidad de aventurarse a aquellos reductos tan lejos de todo, tan fuera de la realidad conocida, sumidos en un riesgo que generalmente ni se imaginan, para poder sentir que sus vidas pueden resistir el torbellino de la aventura.

Y no son solamente los que deciden enrolarse en las fuerzas de orden que son enviadas para combatir a los canallas, sino que muchos también se van en condición de canallas, asumiendo tareas de traficante, asesino, realizando cualquier oficio indigno, solo por escapar del tedio de la vida diaria, de esa vida servida, donde no tienes nada que esperar que pueda alterar tu existencia.

Allí es donde escapan los que no soportan el aburrimiento, los que prefieren exponer su vida con tal de no seguir insertos en la pesadez de la monotonía diaria.

Tenemos muchas historias relatadas por soldados, guardianes, traficantes y asesinos, así como también de algunos equipos especiales, de élite, que se encargan de aplicar "su" justicia en to-

dos los ámbitos, incluso en lugares de reconocida paz y buen vivir.

Porque en algunos de aquellos planetoides de ensueño se esconden los cerebros que maquinan los más aberrantes crímenes, aquellos que trafican con personas, drogas, armamentos, objetos robados y toda clase de artículos que los demás están dispuestos a adquirir.

La vida en la galaxia, aunque para la gran mayoría no pasa de ser una rutina aburrida y sosa, en ocasiones encierra una oscuridad que nadie se imagina, pero que en esta publicación damos a conocer para que todos sepan que la galaxia no es el oasis de paz y bienestar que se imaginan, sino una olla podrida donde se cuecen alimentos muchas veces inco-

GILYA GLONNIS se ha convertido en una leyenda en los últimos tiempos, alguien a quien algunos mencionan con reverencia y respeto y otros como un insulto, porque habiendo nacido de una familia decente y de alto nivel social, decidió tomar el camino equivocado, seguir la ruta del crimen, porque nunca se sintió parte de una sociedad que se volvía fofa y estúpida.

Su padre alcanzó altos rangos en el gobierno federal e, incluso, se le postuló para presidente de la colonia Ibnnis, una de las más pobladas de la galaxia, y una de las más ricas también, ya que abastecen más del 15% de los alimentos todos los demás sectores.

Gilya nació en cuna de oro, educada como princesa con los mejores maestros, pero decidió ingresar al ejército y pronto pasó a las fuerzas especiales donde descubrió su vocación por la violencia. Cuando fue enviada a la frontera a controlar a los *ganardios*, una hueste de miserables de lo peor, resultó capturada por estos y, al parecer, fue entonces cuando decidió "pa-

sarse al enemigo", en quienes encontró aquello que, al parecer, buscaba, ese universo de sensaciones extremas que altera la razón y la vida y te lanza a las acciones más abyectas.

Porque a Gilya Glonnis se le considera la responsable de más de cincuenta atracos a centros de recaudación fiscal. También se le atribuyen no menos de treinta asesinatos selectivos de funcionarios y el secuestro de varias docenas de jovencitas de las cuales nunca más se supo, por lo que se supone que son carne de prostibulo, de los tantos que proliferan en algunos planetoides de la frontera.

Hace algunos años se envió a un equipo especial con la orden de arrestarla o eliminarla, pero el único sobreviviente del grupo regresó con una historia espeluznante de lo que le sucedió



al resto. Los bandidos fueron implacables, eliminándolos a todos, excepto a él para que trajera un mensaje: "No se metan con nosotros". Pero ellos sí se meten con todos nosotros.

El sobreviviente hablo de una hermosa joven que dirigía a los criminales, los que le obedecían ciegamente, fanáticamente. Solo recordaba su mirada, la que describió como "tan fría como la muerte misma".

TRAMO CARGO

Los que le han visto y los que trabajan con él le describen como "sombra", "fantasma", "espíritu", y toda clase de epítetos misteriosos que no sirven para hacerse una idea.

Lo que sí sabemos es que ha comandado varios ataques relevantes a centros militares y policiales, y aunque no siempre logra sus objetivos, mantiene bajo el miedo a todos los equipos especiales de la zona.

Algunos analistas creen que no es más que un mito, que no existe, y que los bandidos le crearon para aplicar presión psicológica en los grupos oficiales, pero hay otros que aseguran que existe, que fue soldado, algunos dicen incluso que fue médico, pero por alguna razón desconocida, decidió seguir el camino equivocado, en contra de la sociedad, de los valores humanos.

Por el momento no podemos asegurar absolutamente nada, pero es probable que en poco tiempo más logremos averiguar

algo importante al respecto porque se sabe que existen agentes encubiertos infiltrados en casi todos los grupos criminales de la frontera.

Y sin duda que este misterio será, finalmente, revelado, no sabemos con que consecuencias, pero a veces es mejor la verdad, aunque duela.

Uno de los nombres que más se mencionan en la frontera es el de TRAMO CARGO, que nadie sabe si es real. Simplemente apareció allí y se posesionó de uno de los reductos más famosos por su crueldad, en la base conocida como Templo, una de las más alejadas de la frontera.

No existen señas de este individuo, ni una sola imagen, ni siquiera una descripción.

Entre los luchadores por la ley y por la justicia, conocemos a AXOM PATRIS, de quien se cuentan muchas historias aunque pocas pueden darse por ciertas, pero nunca se sabe respecto de quienes viven en la frontera.

Patris, al contrario de la mayoría de los que terminaron formando parte de los grupos criminales, fue inicialmente un aventurero que se interesaba principalmente en las aventuras de conocimiento y descubrimiento. Fue el primero en llegar a Mantares, en la línea anterior a la actual frontera, donde construyó un centro de abastecimiento para poder continuar con su avance, pero fue atacado por los piratas quienes robaron todo lo que poseía y, además, asesinaron a una familia monodita que le acompañaba, sin haber motivo. Fue este hecho el que le lanzó en contra de los piratas y de todos los canallas de la frontera, a quienes les ha dado una lucha sin cuartel y, como ellos, sin piedad.

Se dice que se enfrentó a la mismísima Gilya Glonnis, la que tuvo que huir con sus huestes que no pudieron enfrentarse a un solo hombre. Gilya, dicen, no quiso que lo asesinaran porque le gustaba aquel guerrero implacable, a quien ofreció ser parte de su grupo, pero Axom se negó rotundamente.

Han pasado muchos años desde entonces

y no hay nuevos antecedentes al respecto, pero todos especulan que es muy probable que, más temprano que tarde, vuelvan a enfrentarse y en esa ocasión solo uno quedará en pie.

Axom Patris era un xenogeólogo cuyo único interés era investigar las estructuras geológicas de los planetas y planetoides que descubría. El destino decidió algo diferente para él.

AXOM PATRIS

¿Te quedas mirando al espacio, soñando con la posibilidad de viajar?

Deja de pensar
en viajar y
hazlo, porque
la galaxia te
está
esperando.
Conoce los
más bellos
oasis y vive
vacaciones
estelares.



La comunidad
espacial que te lleva
a donde sueñas ir

Arboria es uno de los lugares más visitados actualmente por los viajeros galácticos que buscan paisajes maravillosos, mucha vegetación y posibilidades de aventuras naturales. Si bien el viaje dura dos meses, vale absolutamente la pena pues se encontrarán con un hotel de primera, con prácticamente todo gratis respecto de alimentación.

Para realizar paseos-aventura deben contratar equipo -si no llevan el propio-, así como a un guía experimentado que les indique por dónde pueden ir, que plantas evitar (algunas son venenosas y otras carnívoras) y para socorrerlos ante cualquier eventualidad.

El índice de accidentes es bajísimo porque ya se conoce muy bien el planetoide.



Uno de los destinos más preferidos por las familias es, por lejos, **Fantastoria**, a apenas dos semanas de viaje desde la Tierra. La delicia de los niños y de los adultos que les acompañan. Un lugar completamente seguro, donde encontrarán toda clase de dragones, magos, soldados, castillos y un sinfín de aventuras, con especies reales creadas con *bioformalita*, material exclusivo de este lugar, que permite recrear prácticamente

cualquier especie que se les pueda ocurrir, con lo que se desarrollan entretenidas aventuras.

Una vez en el lugar, sólo tienen que elegir el tipo de aventuras que quieren vivir y las especies y acompañantes que desean, y pasaran unos días de maravillas con sus personajes preferidos creados específicamente para ustedes. Un viaje que no pueden perderse.



Soñar ya no es intangible.

La tecnología, la biología, la ingeniería en todos sus matices, hoy convierten en realidad cualquier cosa que puedas imaginar. Existen en la galaxia múltiples sitios a donde viajar y encontrar la fantasía que estás buscando, a bajo costo, segura y con múltiples alternativas.

Entre todas esas fantasías, sin duda que de las más cotizadas y solicitadas son las **Fantasías Eróticas** que te permiten realizar cualquier sueño que se te ocurra, sin más restricciones que las de daño físico para el soñador o a terceros.

Cualquier idea que se te ocurra, por loca que te parezca, se puede realizar sin problemas, cumpliendo con los requisitos establecidos y cumpliendo con todas las normas.

En **Seximia**, planetoide cercano a Reganios, ofrecen todo tipo de juego eróticos. El lugar cuenta con todo tipo de escenarios para el mayor disfrute de los interesados.

Eromocia, a tres meses de la Tierra, cerca de la frontera sur, ofrece una enorme cantidad de hoteles de los más variados estilos y con un nivel de servicio que sobrepasa cualquier posibilidad que se te ocurra. La exigencia principal es participar en los juegos eróticos que implementan los casinos del lugar.

Sicalinia, aunque está bastante más lejos, es quizás el centro de vacaciones eróticas más famosos dada la calidad de lo que allí se ofrece. Las exigencias son, también, mayores, ya que se debe cumplir con un estado de salud compatible con las experiencias a vivir.

EL GOCE DE LA AGONÍA

Un relato de Cal Brox

DESDE EL SIGLO XXI NOS LLEGA UN RELATO QUE HA TERMINADO CONVIRTIÉNDOSE EN REALIDAD EN ALGUNOS LUGARES DE LA GALAXIA...



El Goce de la Agonía

Capítulo 1

Las calles le eran lo suficientemente conocidas como para poder caminar sin mirar, y esa era la razón por la cual lo hacía cabizbajo, porque no quería volver a ver, como todos los días, lo que le rodeaba, esa ciénaga humana donde se aglomeraba la pobreza, el odio, la indiferencia, la apatía y la crueldad, como esencias de una existencia sin sentido.

Porque la Revolución, el último estallido social en contra de la corrupción, no hizo más que despertar las iras de los poderosos que decidieron, de una vez por todas, poner fin a las manifestaciones, a la desobediencia, a la indisciplina, iniciando La Gran Masacre, que dejó tendidos en el sucio suelo a millares de hombres, mujeres y niños, cuyo único delito era tener hambre.

Pero tampoco los poderosos ganaron, porque en medio de la debacle, muchos otros bandidos vieron su oportunidad en medio del caos y la sangre, segundones y terceros que decidieron que era su momento y se lanzaron a la vergonzosa debacle, persiguiendo el poder, aumentando las masacres y destruyendo lo poco que iba quedando que nada les importaba porque en la lucha por ganar las pérdidas no tienen valor.

¿Algún ganador?

Finalmente no, salvo esos grupos de mafiosos y criminales que, a punta de cuchillo y pistola, siempre terminan dominando algunos barrios y apropiándose de lo ajeno. Ya no había un ejército ni una policía, sino solamente bandas que se distribuyeron los barrios y esclavizaron las poblaciones, abusaron de las mujeres y los niños, desgarraron las almas y acuchillaron las esperanzas. Cada cierto tiempo se producían luchas interinas por los territorios y se mataban unos a otros, sin piedad, mientras la población se regodeaba.

Escaseaban los alimentos, los productos de primera necesidad, los medicamentos, todo aquello que antes producían las grandes empresas con lo que robaban a sus clientes. Ahora, no había casi nada de eso y lo poco que se encontraba estaba fuera del alcance de la mayoría. Aun así, eso hacía pensar a la gente que, a pesar de la explotación, estaban mejor antes, porque



cualquier cosa es mejor que la muerte y cuando nos vemos sumidos en la miseria y el terror, un rayito de luz es un dios. Lo demás, lo turbio y lo sucio, no son sino el infierno que debemos padecer por ser lo que somos.

Y eso era lo que deprimía al doctor Oloh, mientras caminaba por esas calles infectas. ¿Es que no existe otra opción que vivir en la esclavitud para poder comer? ¿Hay que someterse para sobrevivir? ¿No existe más opción para el hombre que el odio y la crueldad? En parte él también se sometía, también claudicaba ante el odio y la crueldad, pero se escondía en su profesión, pues como médico debía ayudar a los demás y, a cambio, recibía sus pequeñas recompensas, miserias con que le gratificaban y en ocasiones se negaba a aceptarlas porque sus pacientes las necesitaban más que él, pero generalmente debía hacerlo porque también tenía que sobrevivir.

Y siempre se hacía la misma pregunta: ¿por qué no podemos ser como los animales que comparten lo que tienen para beneficio del grupo? ¿Por qué los humanos somos tan egoístas, crueles, despiadados y carentes de empatía? Y lo somos más cuando más tenemos.

aunque generalmente no hacía más que mover negativamente la cabeza y se marchaba. Y los demás sabían lo que eso significaba y comenzaban a preparar el funeral.

«¿Por qué no podemos ser como los animales?»

Continuó su camino, casi arrastrando los pies, especialmente agobiado porque quien lo había llamado era el jefe del clan Galgo, dueños de ese barrio y algunos otros, traficantes y ladrones, secuestraban jovencitos para esclavos de las industrias y jovencitas para esclavas sexuales. Letho era un tipo asqueroso, no sólo de alma sino también de cuerpo: ciento treinta kilos de mierda humana, decían de él. Uno de esos narcisistas enfermos que creen que todo lo que existe es para su propio goce y uso, desconociendo completamente la piedad, la bondad, la generosidad, términos que para él sólo significaban «debilidad». Si quería algo lo tomaba y si le molestaba, lo destruía, generalmente de una forma perversa y cruel.

Y ahora debía presentarse con él para servirlo. No podía evitarlo, mucho menos negarse, si quería vivir.

Escuchaba los saludos que los vecinos le decían al pasar y el sólo respondía con un:

—Uh...

Ni siquiera levantaba la cabeza.

Todos sabían que el doctor Oloh era un taciturno. No lo apreciaban mucho porque rara vez conversaba con sus pacientes; se limitaba a curarlos, darles algún remedio si lo tenía,

Capítulo 2

Nadie cuidaba la puerta; nadie se atrevería a desafiar a Letho. El doctor avanzó por el corredor e ingresó al patio donde se encontraba un grupo de mafiosos jugando con sus armas, haciendo alardes de machos y todas las estupideces de los que no tienen muchas neuronas. El doctor caminó frente a ellos que apenas lo miraron y subió por la ancha escala hasta el segundo piso. Sabía dónde estaba Letho, porque ya lo había llamado antes, para curarle un furúnculo. ¿Sería lo mismo ahora? No era mucho lo que podía hacer...

Letho estaba sentado en su gran sillón sucio y seboso. Entre las piernas tenía a una jovencita que le satisfacía con su boca.

—¡Doctor! ¡Bienvenido! —expresó con su vozarrón—. Necesito de sus servicios. No yo sino ésta —agregó indicando a la jovencita.

La muchachita no tendría más de diez años, como era el gusto del mafioso. Se decía de él que elegía niñas premenstruales y que cuando tenían su primera menstruación, las mataba. Nadie sabía si era cierto, pero Oloh presentía que lo era, porque mientras más perversa fuera la idea, más probable era que fuera cierta. Así era todo con Letho.

El mafioso lanzó un quejido y tomando a la jovencita por el pelo la obligó a levantarse.

—Ve con el doctor, cariño —espetó en un tono repugnante.

La muchacha escupió al suelo y se limpió la boca con las manos. Un perro flaco se acercó de inmediato a lamer el esputo. El doctor se dio cuenta que ella tenía un ojo muy hinchado, evidentemente por un golpe. La inflamación, en un tono morado, le impedía ver por ese ojo.

—Cuando se ponen rebeldes —dijo Letho— me enfurecen, y mire lo que me hacen hacer—, concluyó en un tono lastimero hipócrita.

Oloh tomó a la niña de un brazo y la llevó hasta una silla junto a la ventana.



—Levanta la cabeza —le dijo para observar mejor la inflamación.

Ella le miró con temor con su ojo bueno.

—No te asustes. No te dolerá.

Sacó de su maletín una gasa y le untó un poco de crema que esparció por la inflamación.

—¿Por qué no se la muerdes? —le dijo en un susurro y con una mirada cómplice.

—No puedo —musitó ella.

Abrió la boca y Oloh pudo ver que le habían arrancado todos los dientes.

Sintió una ira formidable, su pecho de inflamó y su corazón se agitó violentamente. La jovencita la miraba con terror. Si Letho se daba cuenta que hablaban de él la pasarían mal y ella no quería que la volviera a golpear, o que la dejara sin alimentos. A veces tenía que quitarle los huesos al perro para poder apaciguar su hambre.

—¿Quieres vengarte? —le dijo el doctor cuando se hubo calmado.

Ella le miró primero con curiosidad y luego con sorpresa, pero asintió levemente con la cabeza.

Oloh se dio cuenta que estaba por hacer algo que podía significarle perder la vida de una forma horrible si lo sorprendían, pero no pudo detenerse, no podía dejar de pensar en que había que hacer algo para librarse de esa bestia asquerosa. Tomó un brazo de la jovencita y se lo friccionó con un líquido. Ella notó que se le adormecía. Luego el doctor sacó de su maletín

una larga aguja de acero y se la enterró en el antebrazo, bajo la piel que había adormecido, dejando fuera sólo la pequeña cabeza del instrumento. Se inclinó y le explicó al oído las instrucciones de cómo usarla. Ella le escuchó con mucha atención.

Le hizo tomar un antiinflamatorio y un antibiótico y se puso de pie.

—Estará bien —le dijo a Letho—. Trate de no volver a agredirla... —agregó casi sin pensarlo.

El seboso se sonrió con disgusto. No le gustaba que le dijeran lo que debía hacer.

—¿Cuánto le debo? —preguntó.

El doctor se encogió de hombros.

—Si consigues medicamentos para mi clínica le estaría muy agradecido.

—De acuerdo...

El seboso hizo un gesto anodino de despedida y atrajo a la jovencita. El doctor se sintió hastiado. No quería estar más tiempo allí. El olor, un aroma reseco y ácido, le resultaba especial-



mente repugnante. Corría un airecillo cálido que acentuaba la pesadez del ambiente. Tenía que salir de allí lo antes posible. Lo sentía como un cementerio donde no son los cuerpos los muertos sino las almas, donde los silenciosos aullidos del dolor son como cristales fríos y penetrantes. Y pensaba en esa pobre jovencita que estaba siendo utilizada como un objeto sexual sin piedad, con la más aberrante depravación y con la más gélida indiferencia.

Caminó hasta la salida pensando en que, si hubiera tenido un arma, le hubiera reventado la cabeza al seboso de Letho, pero eso hubiera significado que le habrían asesinado ahí mismo. No tenía ningún sentido el dejarse llevar por una emoción cuando lo que se necesitaba era enfrentar un problema que supera cualquier consideración humana; es en esos casos cuando debemos tener la mente más fría y eso era lo que había hecho al instruir a la jovencita. Todo quedaba en manos de ella. Si lograba asesinar al seboso lograrían quizás un poco de tranquilidad en el barrio, aunque lo más seguro era que alguien ocuparía su lugar rápidamente, sólo quedaba esperar que no fuera peor que Letho.

Capítulo 3

Volvió por el camino de siempre, sin mirar a nadie, sin levantar la cabeza, sin responder los saludos, porque su mente estaba ocupada en pensar qué pasaría con la jovencita si no lograba matar a Letho; lo más probable era que moriría de una manera aterradora y él sería, en parte, responsable de ello. Pero en ese mundo distópico, cuajado de odio y crueldad, donde se podía saborear la maldad como si fuera un postre, lo peor que podía imaginar siempre sería superado por la realidad. No debía, por eso, sentirse demasiado responsable de lo que sucediera. Lo único que podía esperar era que todo

resultara bien porque la muerte de Letho serviría, quizás, para advertir al próximo jefe que no debía abusar de su poder porque siempre, de alguna manera, terminan pagando por sus crímenes.

Miró a su derecha y dudó si continuar a su clínica o ir a ver a su cuñada. La mujer de su hermano estaba sola pues éste había muerto en la Gran Revuelta, así que él le ayudaba con dinero para mantenerla a ella y sus sobrinos. Un día, luego de tomar una taza de té, sin saber cómo, terminaron en la cama. Desde entonces, cada vez que la visitaba tenían un poco de sexo.

Decidió visitarla. Enfiló por aquella sucia calle que debía cruzar para llegar a la casa de su cuñada, calle donde las hembras descaradas le ofrecían el tugurio que tenían entre las piernas y donde ya habían bebido mil serpientes venenosas y otras mil serpientes envenenadas. Le daban asco y miedo, porque él conocía bien las consecuencias de las enfermedades que portaban aquellas mujeres, pero intentaba no demostrarlo para no ganarse su odio. Simplemente cruzó con su paso cansino y deprimente y se perdió por la calle siguiente hasta alcanzar el lugar de su cuñada.

Ella estaba sola porque sus hijos habían ido a la feria a vender los artículos que fabricaban. Tomaron un té en la cocina sin hablar de casi nada. Oloh sacó un poco de dinero que tenía y lo dejó sobre la mesa. Ella se levantó, pasó a su lado tocándole el hombro y se fue al dormitorio. El doctor la siguió. Se desvistieron sin mirarse. Ella se tendió en la cama, boca arriba, cerró los ojos y abrió las piernas. Él se colocó sobre ella y la penetró algo apresuradamente. Cerró los ojos. Estuvo algunos minutos en un vaivén mecánico, metódico, como se mueven los carros de un tren, con esa monotonía que adormece más que excita. Comenzó a sentirse ridículo, pero no podía hacer otra cosa porque se sentía culpable. Era la mujer de su hermano, aunque fuera viuda. Sentía la necesidad de sa-

tisfacerse de vez en cuando, porque el sexo muerde con mucha fuerza cuando tiene hambre, y jamás lo haría con aquellas putas roñosas que le pringarían con quien sabe que porquería, de las tantas que cultivaban en el surco de su estéril campo. Sólo le quedaba su cuñada, quien tampoco mostraba mucho interés, aunque tampoco le rechazaba. Quizás pensaba que, si no lo hacía, él no volvería ni le daría dinero, lo que le convertía en una puta también. O quizás también lo necesitaba, pero no quería decirlo por no resucitar el recuerdo de su marido, por no sentirse culpable por ser lo que era, humana y mujer.

Todo era muy estúpido. Y como se ponían a pensar en todo ello cuando estaba sobre su cuñada, le costaba lograr su propósito. Notaba, la mayoría de las veces, que ella lo disfrutaba, aunque fuera levemente, y era en ese momento cuando él lograba su orgasmo, quizás porque



descubría ese aspecto generoso que tiene el sexo cuando se comparte el goce.

Cuando hubieron concluido se quedaron acostados, uno al lado del otro, sin tocarse, sin hablarse, conteniendo incluso la agitada respiración. Con los ojos cerrados ambos esperaban que uno de los dos se levantara. A veces lo hacía él, a veces ella. Entonces se vestían, Oloh tomaba su maletín se volvía hacia ella y se despedía con una pequeña venia. Ella hacía un gesto con los ojos. Era suficiente para decir que «estaba bien». Ninguno de los dos había dicho una sola palabra. Era, sin lugar a duda, el sexo más triste que una pareja podía tener.

Capítulo 4

Pasó el tiempo, arrastrándose como un animal carroñero, con esa lentitud sediciosa, esperando encontrar algo inmundo que engullir en el camino. Diez años en que casi nada cambió en el pueblo, excepto los jefes mafiosos del clan Galgo, que se mataban entre ellos. Últimamente se había encaramado al poder una mujer de la cual se decían cosas terribles, como que asesinaba a todos sus amantes como una viuda negra o peor.

Nada de ello preocupaba a Oloh, que como doctor no hacía más que intentar salvar a los enfermos y los heridos, cuestión difícil de conseguir en las condiciones en que trabajaba. Si clínica —la llamaba así por cierta nostalgia— no tenía una sala adecuada para las operaciones, no tenía espacio mas que para dos camas y su equipamiento era mínimo. Conseguir medicamentos básicos era difícil; los más especializados, imposible. Pero no tenía más, así que hacía lo posible. Si alguien moría era llevado rápidamente al cementerio, en las afueras, donde se le arrojaba a un agujero profundo. No había mucha ceremonia. La preocupación principal eran los vivos, que estaban vivos a duras penas. Él



que el viaje era más largo. Los callejones, especialmente los que rodeaban la sede del clan Galgo, siempre eran visitados por adictos, ladrones y asesinos, o los tres juntos, como en ese caso. El tipo emergió de la oscuridad como una sombra proyectada en los muros, rebotando y destrozándose, hasta que el doctor lo tuvo al frente, mirándole con ojos extraviados, el rostro como una máscara de cera y un mugriento cuchillo en la mano. No decía ninguna palabra; solamente se le acercaba en silencio, aunque su mirada chillaba explícitamente su intención asesina. Lo mejor era dejar el maletín en el suelo y alejarse. El problema era

ayudaba en lo que podía y por ser el médico todos le respetaban, aunque no fuera muy simpático. No tenía motivo para serlo. ¿Qué razón tendría para sonreír?

Además, no estaba exento de la posibilidad de ser atacado o robado, lo que le había sucedido en más de una ocasión, especialmente por los adictos que suponían que siempre llevaba drogas en su maletín. Eso fue lo que le sucedió en esa ocasión cuando regresaba, algo tarde, de atender a un tipo con una peritonitis. Padre de tres hijos, único que aportaba sustento a su casa y sin él pasarían hambre. Hizo lo que pudo con lo que tenía y esperaba que sobreviviera, pero tampoco se preocupaba mucho por ello porque sabía que, de hacerlo, no soportaría su situación mucho tiempo. La indiferencia, en ciertas ocasiones, en la mejor —o única— forma de superar la realidad.

No debió haber intentado ahorrar camino. Las calles habituales eran más concurridas, aun-

que llevaba en él el instrumental que utilizaba para operar y si lo perdía, no podría reponerlo. Pero se daba cuenta que el tipo no estaba en condiciones de discutir, mucho menos de razonar. Y continuaba acercándosele, emitiendo ese olor a crimen que Oloh ya conocía bien.

De pronto, tan silenciosamente como había aparecido el ladrón, apareció otro tipo, grande y fuerte, que tomó al ladrón por el cuello con un brazo y lo levantó y, con la otra mano, le obligó a soltar el cuchillo. Inmediatamente apareció otro tipo, pequeño y delgaducho, que tomó el cuchillo y se quedó jugando con él.

—Gusto en verlo, doctor —escuchó decir en la oscuridad.

Una figura femenina se le acercó. Vestía de forma sugerente, tenía un aspecto seductor, olía a perfume y le miraba con cierta chispa en los ojos que el doctor no supo comprender en ese momento. Lo que sí supo de inmediato fue que aquella mujer era la nueva jefa del clan Gal-

go, la viuda negra, la que asesinaba a sus amantes.

—Veo que no se acuerda de mí —dijo acercándose a Oloh y mirándole fijamente.

Entonces el doctor reconoció sus ojos, o más bien su ojo derecho.

—Veo que te has colocado los dientes —le dijo.

Ella sonrió con gusto mostrándole la nueva dentadura, bastante bien conseguida.

—¿Qué hacemos, jefa? —preguntó el tipo pequeño.

Ella miró al adicto que estaba siendo casi estrangulado por el grandote.

—Hazte cargo —le respondió.

El pequeño se acercó al ladrón y comenzó a apuñalarlo, una y otra vez, en el pecho, el abdomen, los genitales...

—Seguí sus indicaciones al pie de la letra —continuó diciéndole ella al doctor—. Me coloqué encima de Letho y cuando lo tenía extasiado, cuando cerró los ojos, saqué la aguja que me había colocado usted en el brazo y se la clavé en el ojo, moviéndola en círculos —hizo un gesto placentero—. El mugriento quedó paralizado, no pudo hacer nada, y le vi agonizar lentamente, dolorosamente, y en ese momento tuve el más grandioso orgasmo de mi vida —agregó y exhaló un profundo suspiro—. Fue algo extraordinario...

Se volvió hacia el pequeño que había apuñalado un centenar de veces al adicto. Estaba cubierto de sangre.

—Mira como has quedado, mugriento —le espetó ella—. Anda a lavarte... Y boten esa basura lejos de aquí —agregó refiriéndose al adicto que ya no era más que un guiñapo.

El doctor siguió allí parado, mirando y escuchando, pero sintiendo que había ingresado a una historia surrealista, algo que le costaba digerir, comprender en su real dimensión. La maldad había caído sobre él de una forma incomprensible. Todo lo que sucedía le parecía un

sueño, una pesadilla, a pesar de que le había significado salvar la vida. ¿La había salvado en realidad? ¿Podía esperar eso de la nueva jefa del clan que parecía estar tan desquiciada como los demás?

—Acompáñeme a la guarida —le invitó ella—. Es la misma de siempre, aunque ahora está más limpia, sin el olor asqueroso del sebo-so Letho. Ni de sus perros hediondos... Tengo algunas «criadas» que le pueden hacer pasar buenos momentos, aunque el mejor lo pasaría conmigo, sin duda... —y se sonrió malevolamente.

Oloh negó con la cabeza.

—Ya sabes que el trabajo del médico no termina —mintió.

Ella le miró con un extraño brillo en los ojos, con ese destello propio de quien está a punto de decir la verdad, de revelar un secreto, de compartir una intimidad.

Capítulo 5

—Ese orgasmo que tuve al asesinar a Letho —explicó ella— fue tan espectacular, tan fuera de serie, que me provocó una obsesión. Fue una sensación de goce tan extraordinario que no podría explicarlo. Una ola de calor frío, en medio de estremecimientos incontrolables, en los cuales la mente se desprende de la realidad y se dispara a dimensiones incomprensibles. Desde entonces no he hecho más que buscar la forma de repetirlo, pero sigue escapándoseme, aunque se acerca, pero me evade al final. Es desesperante... Una persecución sin fin. Sé que existe pues lo tuve, lo sentí, me invadió como una peste, me estremeció como el terror, me meció como una madre, me despeñó por mis propios vacíos. Lo conozco, maldición, pero no he podido volver a atraparlo, capturarlo, atarlo a mi vida.

Oloh se dio cuenta de lo que le sucedía. Sus

ojitos entrecerrados brillaban como esas estrellas lejanas, perdidas, que se destacan en las noches despejadas. Lo que había experimentado no era más que un subidón de endorfina y dopamina, que en altas cantidades son capaces de alterar el cerebro de forma extrema. Su mirada reflejaba el recuerdo de aquella sensación y su adicción a ella. Pero había una gran dificultad, ya que volver a experimentar esa misma sensación exigía no solamente las mismas cantidades en las mismas proporciones, sino también una circunstancias muy similares a la vivida en ese momento. Y comprendió de qué se trataba el asunto.

—Hice fabricar una cama especial —continuó ella—, en la que mi... pareja queda atada, imposibilitada de moverse. Entonces, lentamente voy retorciéndoles un torniquete en el cuello, privándoles del aire poco a poco. Usted, como médico, sabe que la asfixia tiene un alto sentido erótico y en los hombres produce unas erecciones tremendas. Así puedo montarlos y estrangularlos lentamente, mientras van exhalingando sus últimas humedades en mi interior, la blanca lluvia de su agónico goce.

—Supongo que no sobreviven —dijo Oloh. Ella sonrió malevolamente.

—¿Para qué? Tienen una muerte extraordinaria. Su vida se disuelve en medio del más intenso placer que se puedan imaginar. Y yo obtengo mi goce de agonía...

Lanzó una carcajada que al doctor le resultó obscena. Aquella boca roja y femenina se había convertido en un hocico cavernoso repleto de olores, una jeta grotesca y pestilente.

—No se atemorice, doctor. La mayoría de esos cretinos no merecen consumir oxígeno. No le hacen falta a nadie y su desaparición resulta un beneficio.

—Lo supongo —dijo Oloh, no muy convencido.

—Soy lo que soy, lo que hicieron de mí —

agregó ella—. Los monstruos sólo crean monstruos. Y en gran medida es usted el responsable. Usted colocó en mis manos el instrumento de mi goce, usted me indicó la forma de ejecutarlo, usted me hizo sentir que valía la pena hacerlo, así que soy, en gran medida, obra suya. No intente esquivar su responsabilidad en todo esto, en lo que me sucede a mí, a muchos otros... ¿A cuando cretinos les ha salvado la vida? Esos mismos que han violado y asesinado, robado, despojado a los pobres de su comida. Y muchos de ellos, heridos de cuchillo o de palizas, han logrado sobrevivir gracias a su intervención. ¿Cree, acaso, que alguno de ellos cambió su vida después de eso? ¿Cree que alguno se convirtió en una buena persona? Por favor, doctor; usted sabe tan bien como yo que la humanidad no tiene remedio, somos una especie repulsiva, cuajada de malos sentimientos que intentamos ocultar bajo el sucio manto de las buenas costumbres, pero seguimos siendo los mismos miserables de siempre. Y no vamos a cambiar porque así hemos sido por milenios. Y yo no me avergüenzo de ser lo que soy; he sobrevivido gracias a ello. Y no voy a dejar mi búsqueda del goce absoluto, porque me lo merezco...

El doctor se sintió incómodo porque lo que ella decía era la verdad. Quizás era precisamente eso lo que le sumía en esa permanente depresión, un estado de negación total que le impedía disfrutar de cualquier pequeña alegría porque sentía que no tenía derecho a ella.

Y también sabía que él le había puesto en sus manos el instrumento que la había liberado de Letho, pero la había hecho prisionera de sí misma, lo que quién sabe si era peor.

Ella se le acercó, casi pegó su cara a la de él, al punto que sintió el calor de su respiración. Le sonrió con un gesto de complicidad.

—Usted me salvó la vida entonces —le dijo en un murmullo—, porque días después de

que maté a Letho tuve mi primera menstruación y él asesinaba a todas sus «niñas» cuando les sucedía eso. De no ser por su ayuda, yo estaría muerta. Pero ahora he sido yo la que le ha salvado la vida a usted, doctor, por lo que estamos a mano. No le debo nada, así que le voy a dar un consejo: aléjese de mí.

Y se marchó luego de darle una mirada más que explícita.

Capítulo 6

—¿Soy también un monstruo? —pensó el doctor.

Quién no lo era en esas circunstancias, en que sobrevivir era lo único que importaba, mucho más que los medios para conseguirlo. La historia de la humanidad se resuelve en eso, en la incapacidad de lograr la unidad para conseguir el beneficio común; siempre estamos luchando contra todos, escondiendo lo conseguido, mintiendo, falsificando, estafando, haciendo lo que sea necesario para evitar compartir y asegurarnos, de cualquier modo, la supervivencia. Lo que en un momento nos sobra



lo podemos necesitar después, por lo que «ahorrar» se convierte en una forma de mezquindad.

Pero el doctor Oloh no guardaba nada, no «ahorraba» nada; simplemente vivía al día, comiendo de lo que le daban, mirando a su alrededor como si nada existiera, como si todo fuera una ilusión, sin futuro ni destino.

Y quizás era eso lo que le convertía en un monstruo, esa incapacidad de disfrutar de algo, de luchar por algo, de tener siquiera ganas de vivir. Porque los monstruos no son sino aquellos que terminan odiándolo todo porque amarlo es más amargo.

Ese día tuvo que atender un parto en que la cría nació muerta. La madre no lo lamentó demasiado, porque sería otra boca que alimentar y en esas circunstancias eso era riesgoso para los demás miembros de la familia. Luego tuvo que atender a una anciana que agonizaba a la que le colocó una inyección de calmantes baratos que no la ayudarían mucho, pero que podían producirle la falaz sensación de paz que necesitaba. ¿No era todo, finalmente, una ilusión de nuestros sentidos?

Unos mocosos se habían caído del techo de una casa mientras arrancaban, porque se habían metido a robar en una casa. Uno se rompió una pierna y el otro se dio un fuerte golpe en la cabeza. Nada grave, por lo que el doctor les provocó todo el dolor que pudo para que lo pensarán mucho la próxima vez. No dejarían de robar, supuso, pero no se subi-

rían a los techos.

Había almorzado un trozo de carne seca de quién sabe qué procedencia. No tenía mal sabor, así que era comible. Y bebió un poco de vino algo avinagrado que le dio la señora que atendía el local de comida. Si se bebía rápido pasaba con facilidad y producía el calorcillo agradable en el estómago, que era lo que necesitaba. Cada día era así, una especie de limbo sucio y gris, donde el aire olía a frustración y la luz del día creaba fantasmas. De noche era aún peor, porque entonces emergían los monstruos, los que devoraban la vida de los demás y vomitaban destinos crueles. Nada había por allí que alentara a alguien a luchar por algo más que por la comida o un poco de sexo, salvo las drogas, cualquier cosa que permitiera evadirse, porque la realidad era peor que una adicción; era una cadena formidable de eslabones malditos.

Ningún niño salía después de ponerse el sol porque no volverían a verlo. Ninguna mujer, sin importar la edad, se arriesgaría a caminar por las oscuras callejuelas, porque alguien las asaltaría, abusaría de ella y la dejaría tirada en calidad de bulto. En ocasiones los vecinos recogían un par de cadáveres en la noche y los arrojaban en el cementerio, en las afueras, donde un encargado se ocupaba de quemarlos, cuando no se encargaban los perros de devorarlos para saciar el hambre.

¿Era eso una vida? Pensaba Oloh, mientras caminaba por esos callejones evitando toparse con algún desquiciado. Todo era miserable, escaseaba el agua por lo que pocos se lavaban todos los días, lo que aumentaba la recurrencia de las enfermedades. No se lo podía pedir

higiene a quienes apenas tenían para comer. Y con ese aire grueso, tosco, que raspaba la garganta, los pulmones no ayudaban a la sangre. Veía morir gente todos los días, veía sufrir, rogar, arrastrarse a quienes se aferraban atrozmente a un poco más de aliento inútil. ¿Valía la pena todo ello? ¿Valía la pena si esfuerzo? Él hacía lo que podía, pero era el único médico en el pueblo y no tenía muchos remedios. No había autoridades reales, sino holgazanes que dependían del capricho de los clanes, por lo que no podía esperar ayuda. Y de esa forma, cada día se veía sobrepasado por esa realidad abyecta, incapaz de dar apoyo verdadero a quienes lo necesitaban. Y eso lo tenía completamente desgastado, abatido y deprimido. Seguía, como una sombra más, deambulando por lo callejones, atendiendo a quien se lo pidiera, pero sabía que no conseguiría mucho con ello. El mundo desaparecía, la gente no mostraba interés por sobrevivir, mucho menos mejorar, la humanidad estaba condenada por una apatía que la había mordido vigorosamente en la garganta.

Sin percibirlo, como un sonámbulo, había caminado hasta el refugio del clan Galgo, hacia el castillo del terror que tanto odiaba. Ella estaba allí y le había advertido que no fuera porque terminaría como los demás, estallando en un mortal goce.

Recordó a su cuñada. Hacía tiempo que no la visitaba, que no sentía deseo. Hacía tiempo que había dejado de desear.

Caminó hasta la puerta, cruzó el sucio patio y subió la amplia escala hasta la sala.

Ella le miró malévolamente.

—Sabía que vendría...



INVIERTE TUS
INTENT DE LA
MEJOR FORMA
POSIBLE...



El descalabro económico
no avisa, simplemente
llega, y hay que estar
preparado.

CUIDA TU INVERSIÓN



BancoGalaxion

El eminente profesor Ikar Brond Pipil-Gaderian nos instruye respecto de la naturaleza humana y sus capacidades, así como de las proyecciones de nuestra especie.



**"SOMOS UNA DE LAS ESPECIES
MÁS EXTRAÑAS DEL UNIVERSO"**

HUMANOS



//

Existen solo tres formas
de conseguir protección:
aislándose, sometiendo o
sometiéndose.

-En los últimos dos milenios la humanidad ha evolucionado de una forma extraordinaria, demostrando una capacidad notable para enfrentarse a su destino.

El profesor Brond a expuesto en muchas ocasiones sus opiniones respecto de nuestra existencia, lo que le ha valido muchas críticas, así como también aplausos de quienes le respetan.

-Los humanos tenemos una resiliencia extraordinaria -nos explica- que nos ha permitido prevalecer a pesar de circunstancias casi imposibles, como fue la erupción del volcán Toba hace 77 mil años, y que redujo la población a no más de dos mil familias, así como también a la caída casi total del campo magnético, hace 43 mil años. Si hemos sobrevivido es porque contamos con suficientes recursos para ello, tanto biológicos como inte-

lectuales.

Una de las teorías que más molesta a algunos grupos de investigaciones de la neobiología ha sido la de la posibilidad de existencia casi ilimitada del humano expuesta por el profesor Brond.

-Si consideramos que algunas especies han logrado prevalecer durante más de ciento cincuenta millones de años, como los tiburones y los cocodrilos, y considerando que dependen de factores bastante limitados, los humanos, que hemos ampliado considerablemente nuestros factores de sobrevivencia, no tendríamos problemas para sobrevivir por millones de años y, quien sabe, miles de millones.

La humanidad recién salió al espacio en el siglo XX y en

pocos siglos comenzó la conquista de la galaxia, en la que hemos establecido miles de colonias.

-El factor fundamental de nuestra fortaleza es, sin duda, el negocio, algo que molesta mucho a los que viven de las ilusiones y las fantasías. Ellos creen que todo lo relacionado al dinero es malo, que el egoísmo es malo, que los negocios son la maldad misma, pero eso no es más que una tontería infantil que lleva más de cuatro milenios existiendo pero que va en completa retirada.

De allí deriva la opinión del profesor de que el considerar el egoísmo como algo malo es parte de una mentalidad infantil.

-El ser humano, como todos los seres vivos, tiene dos propósitos naturales: sobrevivir y reproducirse. Para





ambas cosas es necesario el egoísmo, especialmente cuando agregamos un tercer factor esencial a toda especie también y que es la protección. Y es ahí cuando el egoísmo se transforma en altruismo.

Existen solo tres formas de conseguir protección: aislándose, sometiendo o sometiendo. En la primera, la protección depende exclusivamente de uno mismo; en las otras dos, de la sociedad y su organización, aunque nuestra posición allí es definitiva, en un lado o el otro.

-Recordemos que hace más de mil años aprendimos a viajar por el espacio de forma eficiente. Alguien recordó a Einstein y se dio cuenta de que su idea era más profunda de lo que pensábamos, es decir que el problema no era asunto de "fuerza" sino de "cam-

po", y entonces nació el motor de inercia gravitocuántica. Gracias a eso y al descubrimiento de que el universo está repleto de agujeros, y que podemos curvar el espacio-tiempo es que podemos viajar enormes distancias en tiempos breves.

Un viaje que, antes de estos motores, tomaría trecientos años, hoy puede realizarse en tres meses. Todo ello gracias al descubrimiento de la "gravidad cuántica" que no es "gravidad" propiamente tal, sino una condición del espacio y el tiempo que permite impulsos minúsculos para viajar distancias enormes en tiempo breves, ya que en ese ámbito, el espacio y el tiempo pueden "acomodarse" a las necesidades. Dicho de otra forma, lo que nosotros, los humanos, consideramos como fundamental y que es este tiempo y espacio que necesitamos para poder existir, no es más que una burbuja que podemos trasladar a nuestro arbitrio dentro de un ámbito distinto.

-Todo esto hubiera sido completamente inútil si no hubiera habido interés de parte de algunos de encontrar fuentes de recursos, es decir, negocios que rentabilizaran el esfuerzo. Esto proviene de la enseñanza absurda de hace siglos que nos ha metido en la cabeza que todo lo relacionado con el dinero y la ganancia es malo, salvo cuando se lo apropian las élites.



Sin la búsqueda de ganancias, nada de lo que poseemos hoy existiría y, probablemente, seguiríamos en las cavernas, pintando bisontes. El profesor Brond ha sido, por décadas, uno de los principales defensores de la libertad individual que lleva más de dos milenios intentando cuajar en nuestra realidad, sin que hasta hoy haya conseguido imponer sus criterios, salvo bajo evidencias incuestionables.

-La libertad humana y el interés personal son los dos motores fundamentales de las personas, lo que les motiva a la supervivencia y, más importante, a la superación. Por alguna razón imposible de entender, una parte importante de la humanidad se niega a aceptar la realidad y prefiere vivir sumida en las fantasías de lo imposible, de mundos perfectos y maravillosos que sólo existen en la imaginación, porque lo que vemos a diario es que la humanidad, si ha conquistado



//
Sin la búsqueda de ganancias, nada de lo que poseemos hoy existiría y, probablemente, seguiríamos en las cavernas, pintando bisontes.

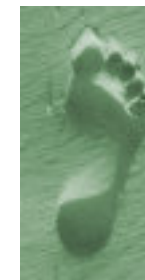
mos alcanzar metas impensables. El gran escritor Julio Verne decía que lo que un hombre puede imaginar, otro lo puede realizar, y yo creo que eso es exacto. El futuro está ahí esperando por nosotros, pero tenemos que construirlo, como lo hemos hecho hasta ahora, a pesar de todas nuestras desventajas.

Esas desventajas son, como dice el profesor Brond, el principal aliciente de nuestro éxito, porque luchando en contra de la adversidad es como se conquista la galaxia.

la galaxia, es porque se siente especialmente motivado por la ganancia, lo que es perfectamente natural.

¿Qué nos espera en el futuro?

-No soy pitoniso -dice el profesor-, pero creo que cualquier idea sería posible porque hemos demostrado que podemos



The background of the entire advertisement is a dimly lit, futuristic library or study. On the left, a man with a grey beard and hair, wearing a dark suit and a red tie, stands looking towards the right. On the right, a woman with blonde hair, wearing a dark blazer, is seen from the side, holding a camera on a tripod and filming the man. In the background, there are shelves filled with books and some modern, glowing light fixtures.

Profesor Ikar Brond Pipil-Gaderian

En nuestra **Universidad Errante**, no tenemos espacio para los indecisos, los miedosos, los que le temen a su futuro, porque esas personas no tienen nada que ofrece, nada que aportar, y siempre terminan convertidos en algo similar a un mueble que se mueve.

Lo que buscamos en nuestra Universidad Errante son aquellas personas que no temen a los desafíos, personas curiosas que quieren pasar a la historia, personas capaces de construir su destino sin pedir

permiso ni pedir disculpas.

Entregamos todos los conocimientos necesarios y suficientes para que puedas pilotar una nave en toda situación, reconocer los tipos de planetas, las posibles enfermedades y riesgos propios de cada nuevo descubrimiento.

Si quieres ser pionero, constructor de futuro, el que abre camino y marca destinos, entonces te estamos esperando. Tenemos un lugar para ti en nuestra **Universidad Errante**

Te quejas porque el futuro es incierto, pero si tuvieras las certezas, ¿qué harías?

UNIVERSIDAD ERRANTE

Un camino a todas partes

ERRANTE no es solo una revista, no es solo información y propaganda; es la manifestación de lo que somos, de lo que hemos sido y de lo que podemos ser.

Estamos insertos en un viaje, un paseo por la existencia universal que no tenemos la menor idea de cuándo termina, ni cómo, pero que tenemos que viajar.

En este enorme paseo, trágico, cómico y entretenido, nuestras opciones no son muchas, pero eso no nos desanima, porque vivir es, finalmente, ser libre de elegir.